

PENSAR LA CIUDAD PARA QUE ELLA NOS PIENSE... UNA MIRADA FEMENINA SOBRE LA CIUDAD

*Florence Thomas**

A lo largo de la historia, la cultura patriarcal se ha empeñado en alejar a las mujeres del saber, de la escritura y del arte, dificultándonos el acceso a los lugares donde circulan con más fuerza la cultura y la aventura, lugares como los centros de las ciudades y sus noches de rumba y poesía. De manera que, a pesar de un importante y veloz proceso migratorio hacia las ciudades, acentuado por la violencia económica y política del país que significó para miles de mujeres una radical transformación de sus vidas y prácticas cotidianas, es pertinente preguntarse cómo viven hoy las mujeres ese particular encuentro con la ciudad. ¿Qué significa la ciudad para la subjetividad femenina o, más exactamente, cómo participa la ciudad en ese nuevo devenir femenino de fin de siglo? ¿La ciudad pertenece a las mujeres de la misma manera que a los hombres? ¿La ciudad piensa en las mujeres? ¿Nos permite crecer, construirnos, conocerla, gozarla y sentirla?

A partir de preguntas como éstas, trataremos de pensar un poco el tema del encuentro de una ciudad como Bogotá con las mujeres.

MODERNIZACIÓN Y REDEFINICIÓN DE LA IDENTIDAD FEMENINA

Más de la mitad de la población colombiana vive actualmente en ciudades. Hemos pasado en muy poco tiempo de una estructura predominantemente rural a una estructura urbana y las mujeres hoy día, lo quieran o no, tienen que confrontarse con la ciudad. Por otra parte y desde los años cincuenta, los procesos de industrialización y modernización del país y últimamente la denominada internacionalización de la economía han significado para las mujeres una paulatina redefinición de los principales marcadores de su identidad y en general del paradigma de feminidad. En este sentido nos parece interesante confrontar esta transformación con el encuentro nuestro con la

* Psicóloga, coordinadora Grupo Mujer y Sociedad. Universidad Nacional de Colombia.

ciudad y preguntarnos qué ofrece la ciudad para este nuevo devenir femenino.

En otras palabras, lo que nos queremos preguntar en este aparte es si la gran ciudad, la metrópolis que pretende ser un espejo del mundo contemporáneo, reflejando conflictos, diferencias, contradicciones pero también posibilidades para la realización personal, el encuentro y la convivencia entre hombres y mujeres, lugares para la cultura, el trabajo, la recreación, el deseo y el amor, aporta algo hoy a las mujeres, o por lo menos a aquellas empeñadas en deconstruir las metáforas tradicionales tejidas alrededor del concepto de mujer o de feminidad y su particular manera de habitar el mundo y, por supuesto, la ciudad.

Para entender el sentido de estas preguntas es necesario desarrollar mínimamente en qué consiste este nuevo deseo de ser de las mujeres hoy. Sin embargo, por cuestión de tiempo y espacio me contentaré con mostrarles algunos de los nuevos lugares de ruptura del viejo paradigma de feminidad y el surgimiento consecuente de nuevos marcadores para ella en un contexto sociopolítico que exige hoy la secularización y modernización de los sujetos que conforman la sociedad en general y, con mayor énfasis, la sociedad urbana. Nuevos marcadores que responden también a una muy reciente, por lo menos en nuestro país, reflexión sobre los alcances de la modernidad y de sus discursos dominantes, reflexión sumamente fecunda y rica en posibilidades para las mujeres y su posicionamiento en cuanto sujetos de derecho y no eternamente sujetos de segunda como su mismo sexo.

Sintetizando, entonces, lo que desarrollé hace poco en la Cátedra Manuel Ancízar, resaltaré con ustedes lo que llamo los principales lugares de ruptura del paradigma de feminidad con el fin de que se entienda mejor nuestra pregunta a la ciudad.

EL VIEJO PARADIGMA DE FEMINIDAD SE RESQUEBRAJA

Lo primero (primero en cuanto articulador de todo lo demás) que se deconstruye es la milenaria ecuación patriarcal *mujer=madre* y su lógica consecuencia de idealización de la maternidad. De hecho, y gracias a lo que significa hoy la obtención del control de su fecundidad, las mujeres descubren paulatinamente, pero con una imparable voluntad de saber, que el fatalismo biológico, en el cual la cultura marianista las había encerrado, se puede romper. Descubren, a la vez que entienden, gracias a los aportes de las numerosas teóricas feministas y a las demandas de los movimientos

sociales de mujeres, que la maternidad no es sino una acepción, dentro de múltiples otras, de la feminidad.

Ubicando la maternidad como opción, se abre la puerta a su historización, a su culturalización y a su complejización, que hacen aparecer nuevas fertilidades y fecundidades ya no sólo del orden de lo genético-genealógico, sino de lo histórico y de lo político. Saliendo así de una alienación milenaria, las mujeres se posicionan como sujetos históricos, sujetos de derecho, sujetos visibles y nombrables, que construyen sentido en la historia y la cultura.

Por tanto, se resignifica y redimensiona el paradigma de feminidad, que así se puede articular a un deseo de "ser para sí", dejando atrás ese eterno "ser de otro" que había significado la maternidad obligada. Inaugurar entonces un "ser para sí", estrenar una "habitación propia" como nos lo recomienda Virginia Woolf, significa empezar a tener un proyecto de vida personal, desde una nueva delimitación y fronterización de nuestra identidad. Significa también olvidarnos poco a poco de una socialización para el sufrimiento y caminar hacia nuevos goces que incluyen el reconocimiento de la corporeidad, la sensualidad y el erotismo femeninos, dándonos la posibilidad de nacer como sujeto de deseo y dejando por fin de ser el eterno objeto del deseo masculino.

A través de este complejo proceso, las mujeres descubren el ejercicio de la autonomía y se vuelven capaces de acceder a la ética. Por todo lo anterior, la autonomía es uno de los marcadores más significativos de ese devenir mujer. Esta autonomía, que desde mi perspectiva de psicóloga es también sinónimo de una nueva salud mental para las mujeres, es de hecho un concepto complejo que tendremos que seguir trabajando con el fin de que revele toda su potencialidad y sus articulaciones con otros tales como el "empoderamiento", "autoridad femenina" y "poder" desde una reconceptualización del concepto.

Nos faltarían múltiples otros marcadores en este camino abierto desde el deseo de ser, entre los cuales resaltaría por su pertinencia con nuestro tema algunos otros como el descubrimiento de la complicidad entre mujeres, de los espacios para el encuentro entre ellas, estos nuevos espacios del "nosotras", del "entre ellas", desde donde inauguramos también la palabra femenina y la compañía femenina. Dejamos atrás el silencio al cual la historia nos había condenado y recuperamos la escritura, el relato, el discurso, el pronunciamiento. Nos atrevemos a hacer preguntas no previstas desde las únicas perspectivas androcéntricas y, lógicamente, ofrecer propuestas resultantes de nuestra particular manera de habitar el mundo.

Terminaré este demasiado corto recorrido sobre el paradigma de feminidad que las mujeres, algunas mujeres, están hoy día empeñadas en recons-

truir, con una frase de Julia Kristeva que nos recuerda que "la mujer es una disidente perpetua con respecto al consenso social y político; es exiliada de la esfera del poder y por ello es siempre singular, dividida, diabólica y bruja... la mujer está aquí para agitar y trastornar, desinflar los valores masculinos y no para abrazarlos. Su papel consiste en mantener las diferencias apuntando hacia ellas, dándoles vida y poniéndolas en juego".

DEVENIR MUJER Y VIVIR EN BOGOTÁ, UN IMPOSIBLE...

Las mujeres hemos perdido la ciudad, o más exactamente la ciudad, por haber olvidado que debe ser un lugar para la pluralidad y por no pensar en la diferencia sexual, nos excluyó.

Porque, de verdad, ¿qué autonomía, qué "ser para sí", qué "habitación propia", qué lugares para el "nosotras", cuando caminar por Bogotá se ha vuelto una odisea que sólo nos pone en contacto con el temor, el miedo y la sospecha de todo lo que nos rodea? Caminar en Bogotá, caminar cuando uno tiene cuerpo de mujer, cara de mujer, cartera al hombro, minifalda o falda hindú y boca pintada, es un imposible, a menos de estar acompañada de un hombre, o mejor de dos, obligadas así a reconfirmar los viejos estereotipos patriarcales. Bogotá nos niega el paseo solitario, el encuentro sensual con ella.

Caminar por sus calles, sus avenidas, sus plazas, sus barrios, darse un septimazo, sentarse en la Plaza de Bolívar o en un banquito del centro a comer una arepa o una oblea, subir hacia Egipto, recorrer su memoria histórica en la vieja Candelaria se volvió un imposible. Vivo en Chapinero, ya no me detengo en Lourdes, ya no me detengo en ninguna parte y sé que no necesito explicarles por qué.

Cuando llego a la Caracas, los músculos tensos, en estado de vigilia total, me encuentro con lo áspero, lo puntiagudo, lo metálico, lo gris, lo contaminado, lo agresivo, lo encerrado, lo ruidoso, lo sucio, lo feo. No lo puedo creer. ¿Qué pasó? ¿Qué nos pasó? Cuéntenme; iba a preguntar, ¿qué hay de femenino en la Caracas? Pero preguntaría simplemente: ¿hay algo de humano aquí? ¿Qué hay de la luz, de la movilidad, de la naturaleza, del agua, del encuentro, de la convivencia, de la palabra? ¿Qué puedo tocar? ¿Dónde me puedo detener? ¿Con quién hablo? ¿Cómo cruzo? ¿Cómo me meto en un bus? Sí, de acuerdo, es la Caracas... Y me dicen que puedo pasear allá en el norte; que por qué no me voy al Centro Andino o a Santa Bárbara. Sí, gracias. Yo he ido. Pero no me entienden. Quiero caminar en mi ciudad, en su centro, cerca de su corazón, de sus arterias principales; quiero su palpitar de ciudad, quiero a Bogotá, no al Centro Andino, ni a Santa

Bárbara, estos guetos para el consumo programado que puedo encontrar en París o Buenos Aires. Quiero encontrarme con los bogotanos y las bogotanas y no con esa gente que se construyó supermercados y urbanizaciones vigiladas para resolver el miedo.

Resulta que mis hijos y los amigos y amigas de mis hijos aman el MAM, la Cinemateca Distrital, la Séptima, la Librería Nacional del centro, la Biblioteca Nacional, el museo colonial. Resulta que afortunadamente mis hijos aman Bogotá, pero este amor incondicional nos cuesta demasiada angustia cuando los esperamos los viernes por la noche. Muchos amigos míos que tienen hijas adolescentes pasan sus viernes y sábados por la noche parqueados, esperando el fin de la rumba para traerlas. Algunos me contaron que habían instalado una minioficina en el carro para no perder el tiempo.

Sí, porque hasta ahora no les había hablado de la noche sino del día. Si estamos perdiendo a Bogotá de día, no les cuento cómo será de noche... Justo cuando las mujeres iban a poder recuperar la rumba, la salsa, el bolero, el ron cubano y el aguardiente, Bogotá nos prohíbe la noche. Para nosotras, adentrarse en la noche solas, conocer la noche, sentir su tiempo tan distinto del tiempo diurno, sus olores, sus sabores, su permisividad y la libertad que connota, sin ser bruja o puta, es algo que los hombres difícilmente pueden entender, porque la noche y sus aventuras siempre les pertenecieron. Y sé que me lo van a discutir. Sé que me van a decir que hoy por hoy el problema es el mismo para los hombres. Pues les cuento que no es cierto (y aun si lo fuera no sería ningún argumento). Nuestro cuerpo, nuestra sexualidad, desafortunadamente tienen una historia, una triste historia de apropiación por parte de los hombres. Nuestro cuerpo ha sido el lugar por excelencia del ejercicio del poder patriarcal. Y si no me creen puedo pasar a darles cifras de violaciones y abusos sexuales de toda clase. Y si todavía no me creen, dénse una pasadita un viernes por la noche en el cruce de la 26 con 68. Ahí se cometen violaciones a diario. Conozco algunos expedientes recientes.

Y para dejar la noche bogotana que desde algún tiempo ya no conozco (pero insisto, fue ella la que me dejó, no yo) y volver al día y a la vida cotidiana, les contaré ahora que hago mercado en Carulla o Pomona... Sí, me adapté... Siento a veces con tristeza que las mujeres nos adaptamos fácilmente a las determinaciones tomadas por los hombres en cuanto a gestión de la economía. Nos sentimos atrapadas en una lógica inexorable que nunca nos consultó. Y ya hago mercado en fecha fija, sin hablar con nadie, sin conversar con esa mujer que me guardaba los mejores aguacates, sin posibilidad de preguntar a nadie qué pedazos de carne me recomiendan para esta receta que quiero hacer. No hay nadie. Todo está bajo plástico,

medido, pesado, etiquetado, con sus prosaicos códigos de barras; todo está aséptico, nada huele, nada me habla, nada me sabe; hago mercado rápido, en silencio, olvidándome lo más posible de quién cultivó, de dónde viene esa fruta, de cuál tierra, de cuál altura, de cuál trópico. Ya ni siquiera se ve tierra. Las cosas son limpias. La lógica mercantil de los hombres me llevó a una cultura de lo aséptico, del plástico no degradable pero desagradable, de la lata, del silencio, de la eficacia, de la fragmentación, del aislamiento, del olvido.

Por supuesto, existen compensaciones. Pero compensaciones enmarcadas dentro de una lógica que no comparto forzosamente porque en el fondo sé que es una lógica que nos aleja de las cosas esenciales de la vida. Sé también que es tarde para reaccionar. Pero definitivamente estoy segura de que es cada día más urgente que las mujeres participen en la gestión de la vida cotidiana, que hagan propuestas desde su inmensa experiencia de las prácticas esenciales de la vida, estas prácticas del diario acontecer que terminan siempre por hacer la vida soportable a todos. Y miren ustedes, tengo 53 años, de los cuales he vivido 30 en Bogotá; la amo a pesar de todo y no sabría vivir en otra parte, pero les cuento que cuando pienso en esta tercera etapa de mi vida en la cual estoy entrando paulatinamente, me invade un verdadero pánico... Ser mujer, tener 70 años y vivir en Bogotá... ¿Seré capaz?

Me hubiera gustado contarles más cosas en relación con el ser mujer y enfrentarse a Bogotá, como por ejemplo ser madre en Bogotá, pero creo que es suficiente ilustración y no quiero abusar. Sólo queríamos mostrarles que amar a Bogotá desde el ser femenino es un puro acto de fe. Bogotá no devuelve nada a las mujeres que la aman, no ofrece nada. Al contrario, nos hace sentir cada día un poco más que se aleja de las mujeres. No se deja palpar, oler, sentir ni vivir. Nos prohíbe su cara nocturna. Nos prohíbe la mayoría de sus caminos, de sus vías; nunca nos permite ese contacto indispensable para cultivar y mantener el amor que nos esforzamos en sentir por ella.

Bogotá, no seas tan viril, tan macho, tan dura, tan silenciosa. Muéstranos tu cara femenina si todavía te acuerdas de ella. Déjate acariciar por las mujeres que te aman pero que sienten que te han perdido. Vuelve al lado de ellas. Deja un poco el afán, el temor, la agresividad, el cemento, lo vertical, la racionalidad mercantil, y recupera tu centro, tu corazón, tus emociones; recupera lugares para la palabra, para las mujeres, para la diferencia, en fin, feminízate.